

La nueva estrategia de seguridad japonesa: la *normalización* de su diplomacia

Lluc López i Vidal Profesor de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra y de la Universitat Oberta de Catalunya

Resumen

Japón cumplió ya su mayoría de edad. Para su primer ministro, Shinzo Abe, y para muchos políticos del *mainstream*, ello significa que ha llegado la hora de que el país se convierta de nuevo en un actor cada vez más proactivo en el ámbito no solamente económico sino también político y diplomático. Por ello, la política exterior japonesa, tradicionalmente anclada en los principios subyacentes de su Constitución *pacifista*, está experimentando los cambios más profundos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Para una parte de la sociedad, el nuevo orden de Posguerra Fría plantea unos retos y unas amenazas a su seguridad que hacen necesario que se acometa la más importante de las reformas del sistema: la reforma de la Constitución del 1947. Gracias a la enmienda del artículo 9 de la Constitución referente a la prohibición de poseer cualquier tipo de ejército Japón podría jugar un papel más destacado en las estructuras de seguridad internacional. Por su

parte, su principal aliado, los Estados Unidos, desean que Japón se dote de un poderoso ejército que pueda contribuir a la seguridad del Este asiático, y que sea capaz de contribuir en la particular cruzada norteamericana contra el terrorismo internacional y los Estados que le dan cobertura. En un período breve de tiempo, la acción del nuevo Gabinete de Abe nos aportará los elementos explicativos necesarios para determinar si la remilitarización de Japón debe entenderse como una amenaza o más bien como una contribución a la paz y seguridad internacional.

Introducción

Después de haber tocando fondo en una de las peores crisis económicas que recuerda el país, y de dejar atrás la resaca de la quiebra bursátil e inmobiliaria que paralizó no solamente la economía, sino la política y la sociedad japonesa, sus líderes han decidido pasar página a la llamada “década

perdida” y ajustarse a las necesidades del país en el nuevo e incierto entorno internacional de la Posguerra Fría. En su *best seller* titulado *Hacia un país hermoso*, el entonces aspirante a relevar a Koizumi en el cargo de primer ministro, Shinzo Abe, escribía en el verano de 2006 que Japón debía convertirse en un país amado y respetado por la comunidad internacional y que para tal fin debía trabajar codo a codo con Estados Unidos, Australia e India (excluyendo deliberadamente a China) para crear un “marco de prosperidad y seguridad en la región de Asia-Pacífico”. Ya en su discurso de investidura como primer ministro de Japón, Abe constataba que pondría todo su empeño en crear un “país bello” (美しい国 *utsukushii kuni*), un país de gente feliz del cual

“En su discurso de investidura como primer ministro de Japón, Abe reafirmaba que pondría todo su empeño en crear un “país bello” (美しい国 *utsukushii kuni*), un país de gente feliz del cual las nuevas generaciones se sintiesen orgullosas, y que para ello, llevaría a cabo una política exterior en la que Japón desempeñase un papel significativo en el escenario mundial.”

las nuevas generaciones se sintiesen orgullosas, y que para ello, llevaría a cabo una política exterior en la que Japón desempeñase un papel significativo en el escenario mundial.

Estas palabras nos sugieren lo que para muchos resulta ser desde hace años un secreto a voces. Para afrontar los nuevos

desafíos del sistema internacional, Japón aspira a normalizar su política exterior y convertirse en una potencia no solamente económica sino también diplomática y militar. Ello significa la transformación de su política exterior a favor de una diplomacia más activa que consiga que el país se convierta en un *taikoku* (大国), es decir, en un gran país del sistema internacional). Para ello, Japón está tratando de superar todas las limitaciones constitucionales y legales heredadas de la Segunda Guerra Mundial, que impiden la musculación de su ejército; a la vez, ha afianzado con calculado interés, la alianza militar con Estados Unidos, el auténtico valedor de su política de seguridad.

Lo cierto es que la evolución de la estrategia de defensa japonesa durante la última década y su reacción a los ataques terroristas de Nueva York nos aportan indicios suficientes para considerar que Japón está convirtiéndose en un actor militar que desea forjarse un papel prominente en el espacio regional, pero también en el global. Desde hace

más de una década, abunda la literatura acerca del ascenso imparable de la potencia china, pero en cambio los círculos académicos han puesto poco empeño en considerar el resurgimiento de un Japón con mayores capacidades militares que será, a buen entender, decisivo para el equilibrio de poder del Este asiático. La pregunta que la mayoría se plantea es si este papel más proactivo en lo militar se llevará a cabo dentro de los confines de la alianza entre Tokyo y Washington, o si por el contrario ello implicará una independencia cada vez más acusada respecto a su actual socio militar. ¿Se convertirá Japón en la nueva Gran Bretaña del noreste asiático o más bien en un actor independiente de Estados Unidos y con una proyección a escala global? Antes de responder a la incógnita, veamos el encaje de su doctrina de seguridad en la política exterior de posguerra.

Si bien es cierto que los cimientos de la política exterior japonesa de 1945 hasta el fin de la Guerra Fría se mantuvieron inalterables, un análisis más pormenorizado de este período nos permite vislumbrar diversas fases, si tomamos como referencia el desarrollo de los debates internos, así como la relación con los EEUU, la Guerra del Golfo Pérsico, y finalmente, los actuales dilemas sobre la normalización del país e incluso, la posibilidad de un Japón nuclear, en un futuro. Sigamos pues el desarrollo de la política exterior japonesa, para finalizar planteándonos cuáles son los principales retos presentes.

La doctrina Yoshida: un pacifismo *ligeramente armado*

Desde el final de la Guerra hasta 1960, existió en el seno del país un agrio debate entre aquellos que entendían que un Japón arrasado por la contienda sólo podía renacer si se concentraba en conseguir la recuperación económica y transfería sus necesidades de seguridad al paraguas norteamericano y, en el lado opuesto, aquellos que entendían que la misma alianza de seguridad con Estados Unidos contradecía las bases del pacifismo instaurado por la Constitución de 1947.

La Doctrina Yoshida, bautizada en honor al primer ministro que lanzó la iniciativa, permitirá integrar tanto a las corrientes *idealistas* de la política exterior japonesa, como a aquellos que abogan por un mayor *realismo* político. Sobre la superficie, Japón consagrará su artículo 9 sobre la “renuncia a la guerra y a las fuerzas bélicas” como el principio que guiará una política exterior inspirada por los idearios pacifistas de posguerra. Pero dando respuesta tanto a los que

deseaban una política exterior más realista, como a la presión americana (米圧 *beiatsu*) para que Japón se involucrase en su propia seguridad, el Gobierno japonés terminará por establecer primero una Reserva de Policía Nacional (1950), seguida de unas Fuerzas de Seguridad Nacional (1952) para finalmente convertirse en 1954 en las Fuerzas de Autodefensa (FAD). Con ello se sentaban las bases de lo que el primer ministro Yoshida denominaba un “estado mercantilista *ligeramente* armado”.

“La Doctrina Yoshida apostaba por una política exterior cuya seguridad quedaba en manos de los Estados Unidos (...) de tal forma que Japón se concentraría en la recuperación económica y en conseguir la meta de posguerra de atrapar a Occidente”

La Doctrina Yoshida apostaba así por una política exterior cuya seguridad quedaba en manos de los Estados Unidos –quien acorde con el Tratado de Seguridad (1951) entre ambos países aseguraría la defen-

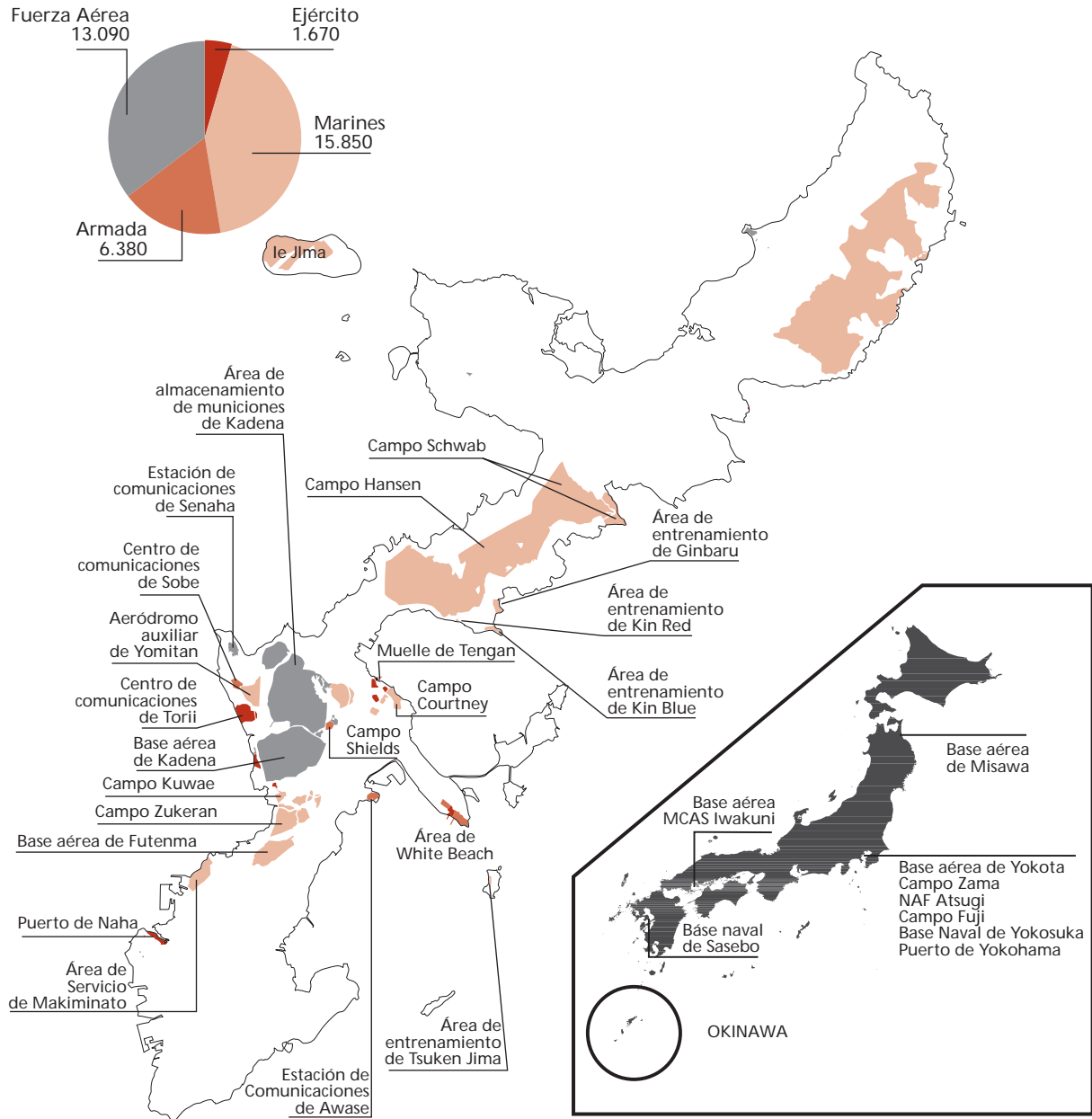
sa de la isla– y de tal forma Japón se concentraría en la recuperación económica y en conseguir la meta de posguerra de atrapar a Occidente (*catching up with the West*).

La revisión del Tratado de Seguridad con los Estados Unidos.

Tras la revisión en 1960 del Tratado de Seguridad por el entonces primer ministro Nobusuke Kishi, abuelo materno del actual primer ministro Shinzo Abe, Japón entra en una fase de cooperación militar con Estados Unidos no prevista en el guión inmediato de posguerra. La guerra en Corea, y la creciente amenaza comunista en el Este asiático explican en parte la inclusión del artículo 6 del Tratado según el cual para edificar su propia seguridad y la de los Estados Unidos, Japón permitirá establecer bases militares norteamericanas, especialmente en Okinawa. Con ello, a pesar de la fuerte oposición interna, Japón aceptaba la inclusión de bases militares en su territorio, pero a cambio recibía la protección militar norteamericana para repeler cualquier ataque exterior, especialmente por parte de la URSS.

Esta doctrina diplomática, para muchos la clave del éxito japonés de posguerra, no estaba exenta de costes para las autoridades niponas, quienes se verán desde entonces abocadas a superar el clásico dilema de seguridad del *abandonment* y el *entrapment*, que en palabras de Snyder, surge tras la creación de una alianza militar, cuando los países débiles implicados se exponen, por un lado, al riesgo de ser abandonados, o por otro, a verse obligados a participar en conflictos de otros miembros que no afectan directamente su seguridad o cuyas motivaciones u objetivos no comparten. Dado el alto valor estratégico de la isla en el marco de la doctrina americana de *contención* en el este asiático, el miedo a que Estados Unidos *abandonase* o cambiase de pareja de baile fue disminuyendo a medida que avanzaba la Guerra Fría. Pero para escapar del riesgo de *entrapment*, el

MAPA 1. La presencia militar norteamericana en Okinawa



Fuente: East-West Center.

primer ministro Yoshida, abuelo del polémico actual ministro de Asuntos Exteriores japonés, Taro Aso, limitó el radio de extensión de la seguridad de Japón a los países que formasen parte del denominado *Nihon no shuhen* (日本の周辺), es decir, de aquellos países que rodean geográficamente Japón, como son las Filipinas y Corea del Sur. Así, Japón evitaba haberse de inmiscuir en asuntos de seguridad más allá de su *shuhen*.

Tras la fracasada guerra en Vietnam, el presidente Nixon formuló la llamada Doctrina Guam (1969) según la cual Estados Unidos emplazaba a sus aliados asiáticos a tomar mayores responsabilidades en su propia seguridad regional. Pero no será hasta 1976 que Japón formulará el Programa Nacional de Defensa (PND), un documento en el que se afirma que el país mantendrá unas "fuerzas de defensa" para poder, en primera instancia, repeler por sí mismo una agre-

sión directa limitada, es decir, sin armamento nuclear, de tal forma que ante cualquier posible ataque Japón se convertía en el *escudo* y Estados Unidos en la *lanza*. El documento de 1976 asentaba las bases para que Japón empezase a desarrollar una tímida doctrina militar de defensa contra ataques exteriores con la coordinación en todo momento de Estados Unidos. A partir de este momento, Japón y Estados Unidos pactan una división de sus funciones. Japón aumentará su potencial militar para asistir a Estados Unidos en el cumplimiento de su deber de defenderle, y Estados Unidos se compromete a proporcionar en última instancia la defensa de Japón, minimizando a cero los riesgos del ya citado *abandonement*. Pero la tímida militarización servirá de muy poco ante la primera prueba de las aspiraciones militares globales de Japón: la Guerra del Golfo.

La Guerra del Golfo y la readaptación de la estrategia de seguridad

La constatación que la Doctrina Yoshida empezaba a no ser útil para adaptarse a los nuevos desafíos del sistema internacional se vislumbró con el colapso del bloque comunista, y fue ya una evidencia con la guerra entre Irak y Kuwait (1990-1991). Las expectativas creadas acerca de la contribución japonesa a la guerra, especialmente por parte de los norteamericanos, que esperaban una mayor participación en las tareas humanitarias, se desvanecieron al bloquear la Dieta japonesa una proposición para enviar tropas con bandera de la ONU. Con una aportación de 13.000 millones de dólares en concepto de factura de guerra, la comunidad internacional valoró el gesto como el resultado de una "diplomacia del cheque" que evitaba cualquier compromiso activo con la seguridad del sistema, en lo que parecía un claro comportamiento de *free-rider*. El fin de la Guerra del Golfo terminó con una desazón, el pobre papel que jugó en la guerra, y con una constatación: el esquema de seguridad japonés se antojaba ya inapropiado para responder a los desafíos regionales y globales. Desde entonces, Japón está tratando de modificar el ordenamiento jurídico para facilitar su reincorporación como miembro de primera línea en el sistema internacional.

Como afirma Christopher W. Huges, podemos distinguir al menos dos ciclos o fases en dicho propósito. En un primer ciclo, que empieza a mediados de los años noventa, se produce una crisis de confianza en sus Fuerzas Armadas de Defensa (FAD), originada en su falta de operabilidad militar, que provoca dos efectos en la política de seguridad: la revisión del PND y la aprobación de legislación *ad hoc* que permita enviar a las FAD al exterior.

En lo que se refiere al primer aspecto, la revisión del PND, Japón examina las líneas generales del documento de 1978 para estrechar la cooperación en temas de seguridad con los Estados Unidos e inserta una nueva cláusula según la cual cuando exista una situación que afecte a la seguridad alrededor del territorio japonés (*shuhen*), Japón deberá coordinarse para actuar conjuntamente con Estados Unidos. A diferencia del documento de 1978, en donde el término *shuhen* era empleado en un sentido más geográfico y restringido, en la revisión de 1995 se entiende dicho concepto como algo más bien "situacional". Con esta cláusula, la alianza se activa no solamente por amenazas provenientes de un país vecino, sino que se extienden más allá del ámbito nacional a otras zonas de la región, como Taiwan o China.

Por otra parte, en 1992 y tras el fracaso que supone la Guerra del Golfo, los legisladores japoneses aprueban la Ley de Cooperación para las Operaciones de Mantenimiento de la Paz Internacional (国連平和協力保安, *kokuren heiwa kyouroku hoan*) en virtud de la cual Japón puede tomar parte de este tipo de operaciones con bandera de la ONU, aunque siga siendo necesario aprobar una ley *ad hoc* para hacer efectivo el envío de las tropas. La ley, además, establece claramente cinco preceptos que en todo momento deben cumplirse: 1) las FAD no pueden ser enviadas al extranjero si antes no existe una tregua entre las partes del conflicto; 2) la presencia debe de ser consentida por todos los actores implicados en el conflicto armado; 3) las tropas deben mantenerse en la más estricta neutralidad en relación al conflicto; 4)

" El fin de la Guerra del Golfo terminó con una desazón, el pobre papel que jugó Japón en la guerra, y con una constatación: el esquema de seguridad japonés se antojaba ya inapropiado para responder a los desafíos regionales y globales."

está prohibido el uso de armas a menos que sea en legítima defensa; y finalmente, 5) si alguna de estas condiciones deja de cumplirse, ello implica automáticamente la retirada por parte del Gobierno japonés de las tropas enviadas. Todas estas

restricciones han sido establecidas para impedir aquellas situaciones en las que las FAD puedan utilizar la fuerza militar, algo que como sabemos sigue estando estrictamente prohibido por la Constitución japonesa.

Como se observa en el Tabla 1, desde entonces las FAD han estado presentes en lugares tan dispares como Camboya, Mozambique, Rwanda o los Altos del Golán, por citar sólo algunos ejemplos.

En el segundo ciclo, que empieza tras los ataques terroristas del 11-S en suelo americano, y que abarca hasta la actualidad, Japón debe afrontar las consecuencias derivadas del cambio de estrategia de seguridad de la Administración Bush basada en alianzas *ad hoc* para combatir el "arco de inestabilidad" que va del Medio Oriente al Sudeste Asiático. Uno de los primeros pasos realizados por Japón para dar

TABLA 1. Leyes aprobadas por la Dieta Nacional desde 1992 concernientes a las FAD

Nombre de la Ley u Operación	Año de aprobación	Ámbito de actuación	Inicio y finalización
Ley de Cooperación para la Paz Internacional	1992	Establece las condiciones necesarias para el envío de las Fuerzas de Autodefensa	Vigente
Operación de Paz de la ONU en Angola	1992	Observadores electorales	1992
Operación de Paz de la ONU en Camboya	1992	Participación en los Acuerdos de Paz. Envío de observadores electorales	1993
Operación de Paz de la ONU en Mozambique	1993	Observadores electorales	1995
Operaciones de ayuda humanitaria en Rwanda	1994	Misión de ayuda humanitaria	1994
Operación de Paz de la ONU en El Salvador	1994	Observadores electorales	1994
Operaciones de Paz de la ONU en los Altos del Golán	1996	Siria-Israel	-
Ley sobre Medidas Especiales Antiterroristas	2001	Medidas para combatir el terrorismo internacional. Envío de 5 barcos, 8 aviones y una tropa de 1.380 soldados al Océano Índico.	La ley expiraba en 2003 pero se ha prolongado hasta 09.2007
Ley sobre Medidas para asegurar la Paz y la Seguridad en Situaciones en Áreas Circundantes a Japón	1999	Medidas para combatir amenazas a la seguridad de Japón	Vigente
Operación de Paz de la ONU en Timor-Leste	1999	Misiones de ayuda humanitaria. Supervisión de las elecciones	2004
Medidas Especiales de Asistencia a la Reconstrucción de Irak	2003	Envío de tropas para la reconstrucción de Irak	2006

Fuente: Autor

respuesta a la nueva estrategia de seguridad es su participación en coaliciones multinacionales lideradas por Estados Unidos, como la llevada a cabo en Afganistán o la campaña japonesa de “reconstrucción” de Irak. Para ello, Japón aprueba tanto la Ley de Medidas Especiales Antiterroristas, como la Ley de Reconstrucción de Irak, en virtud de la cual ha enviado tropas a Samawah (Irak) sin bandera de la ONU. El envío de las FAD a Irak ha sido sin duda uno de los asuntos más sensibles durante el mandato de Koizumi, ya que Japón desplazaba tropas a un país en guerra por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Las acusaciones de seguidismo vertidas sobre el ex primer ministro Koizumi en relación a George Bush –además de la relación de grandes aliados en la cruzada contra el terrorismo, ambos líderes han mantenido unas estrechas relaciones personales– han reabierto un viejo debate persistente, no solamente en los círculos académicos y políticos, sino en la opinión pública del país: ¿Qué significa para Japón conseguir el estatus de “país normal”?

El debate actual: ¿Qué significa ser *normal*?

Si trazáramos un *continuum* que reflejara las distintas posturas políticas que intervienen en el debate sobre la *norma-*

lización de la política exterior japonesa, encontraríamos empezando por el extremo de la derecha, a los sectores más conservadores o *gaullistas*, para quienes la normalización de su diplomacia significa la eliminación de las prohibiciones

“El más conocido *gaullista* es sin duda Shintaro Ishihara, el poderoso gobernador de Tokyo, que ha manifestado públicamente que Japón debería finalizar su Tratado de Seguridad con Estados Unidos y llevar a cabo una política exterior mucho más independiente.”

constitucionales para la consecución de un Japón independiente de Estados Unidos y con plenas capacidades militares que pueda responder a los desafíos de países como China o Corea del Norte. El más conocido *gaullista* es sin duda Shintaro Ishihara, el poderoso go-

bernador de Tokyo, autor del *best seller* *El Japón que puede decir no* (*NO*) と言える日本). Según el punto de vista de este escritor convertido en político, y el de muchos *gaullistas*, Japón debería finalizar su Tratado de Seguridad con Estados Unidos para terminar con la *beitsu* y llevar a cabo una política exterior mucho más independiente. También se ha mostrado partidario de adquirir armamento nuclear, si fuera necesario.

Fue sin embargo Ichiro Ozawa, una de las *vacas sagradas* de la política japonesa y actual jefe del partido de la oposición Partido Democrático del Japón (*Minshuto*, 民主党), quien acuñó la conocida expresión “país normal” (*futsu no kuni*, 普通の国) tras la limitada actuación del país en la Guerra del Golfo. Según Ozawa, Japón debe concentrarse no tanto en aplicar a rajatabla el artículo 9 de su Constitución que aboga por la prohibición al uso de la guerra, sino en el Preámbulo de la misma, en donde se explicita que el país

debe cooperar con la comunidad internacional con el objetivo de conseguir la estabilidad del sistema. Acogiéndose a esta interpretación, muchos políticos a la derecha del arco parlamentario, pero con una visión más atemperada que los *gaullistas*, entienden que el gobierno japonés debe mantener fuerzas militares multilaterales para contribuir a la paz mundial, pero siempre desde un marco de colaboración con las principales organizaciones globales y especialmente con la ONU.

A medida que nos centramos en dicho *continuum* político, encontramos posiciones más intermedias de quienes defienden que Japón debe ejercer el derecho inherente de la Carta de las Naciones Unidas según la cual todo Estado tiene la prerrogativa de defenderse de las agresiones de otro Estado sin necesidad de aprobación de la ONU. Se trata por lo tanto de un *droit naturel* de todos sus miembros y por ello, según esta opinión, Japón no puede renunciar al derecho de su "autodefensa colectiva", concepto presente en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.

Al anteriormente expresado concepto de seguridad para un Japón "normal", se contraponen la visión de los partidos de izquierda y los grupos pacifistas, que prefieren entender la normalidad como la renuncia a cualquier aproximación militarista de su política de defensa. A pesar de todo, la representación parlamentaria de aquéllos que se oponen a un Japón militarizado, no llega apenas al 6% de los escaños de la Cámara de los Consejeros. El Partido Comunista y el Partido Socialista de Japón, otrora los grandes partidos de la oposición y paladines del pacifismo, ya no cuentan con el respaldo mayoritario del electorado. Además, en los últimos años, la percepción de las FAD en las encuestas de opinión ha mejorado sustancialmente, especialmente por lo que se refiere a su papel de ayuda humanitaria en el exterior.

Rompiendo el tabú de la opción nuclear. *Going nuclear?*

La deriva unilateralista de Estados Unidos y su estrategia de seguridad, basada en los ataques preventivos, han acrecentado la clásica creencia realista según la cual los misiles nucleares son una poderosa arma con la que acudir a las mesas negociadoras de los foros internacionales. Algunos regímenes, como Irán o Corea del Norte, saben que sin la amenaza de armarse nuclearmente sus gobiernos tambalearían como si de un castillo de naipes se tratase. Japón, a pesar de la "alergia nuclear" que sufre su población al oír hablar de esta opción por ser el único país atacado con

TABLA 2. Opinión pública japonesa sobre qué tipo de acciones deberían llevar a cabo las Fuerzas de Autodefensa en el exterior

Actividad	Porcentaje
Rescate en operaciones de emergencia por desastres naturales	78,4
Operaciones de Mantenimiento de la Paz después que el conflicto haya terminado	41,8
Operaciones Humanitarias, incluso sin bandera de la ONU, como las realizadas en Irak	39,1
Participación en fuerzas basadas en resoluciones de la ONU	15,9
No hay necesidad de participar en acciones exteriores	4,9
No responden	2,6
Otros	0,1

Nota: La encuesta admite respuestas múltiples.

Fuente: *Yomiuri Shinbun*, 3 de junio de 2004.

armamento de este tipo, no queda fuera de este debate internacional, y numerosos políticos han empezado a hablar en público de esta cuestión. En este sentido, Ichiro Ozawa, declaraba en abril de 2002 que si Japón lo deseaba, podía poseer cientos de cabezas nucleares y que sin duda no perdería en un eventual enfrentamiento nuclear con China. Estas afirmaciones, realizadas precisamente en el transcurso de una gira por China, no sólo no fueron suavizadas por el

"Al concepto de seguridad para un Japón 'normal', se contraponen la visión de los grupos pacifistas y los partidos de izquierda, otrora los grandes partidos de la oposición y paladines del pacifismo que no cuentan ya con el respaldo mayoritario del electorado."

Partido Liberal Democrático, sino que, además, los dos hombres fuertes del entonces Gobierno de Koizumi, Shinzo Abe y Yasuo Fukuda, afirmaron públicamente que "el pueblo japonés tiene derecho a opinar que es necesario poseer armas

nucleares". En la misma línea, el 9 de octubre de 2006 Shiochi Nakagawa, uno de los hombres más influyentes del PLD, declaraba en un programa de televisión que Japón debería poder discutir sobre la "opción nuclear" libremente. Aunque su afirmación no fue tanto un alegato sobre las armas nucleares como una invitación a hablar sin reservas del tema, hace tan sólo unos años estas palabras habrían provocado la dimisión de todo el Gabinete por romper el tabú nuclear. Pero más allá de estas palabras, ¿está Japón convencido de la necesidad de dotarse de armas nucleares?

Aunque varios políticos han manifestado ya esta preferencia, por el momento tanto la opinión pública japonesa como la comunidad internacional no están preparadas para admitir esta posibilidad. Para la gran mayoría de los ciudadanos, los tres principios no nucleares de posguerra –no posesión, fabricación e introducción de materiales nucleares– continúan aún muy presentes. En una reciente encues-

ta de noviembre de 2006 realizada por el rotativo *Yomiuri Shinbun*, el 80% de los encuestados afirmaban respaldar sin reservas los tres principios no nucleares, mientras que sólo un 46% se mostraban a favor de discutir la opción nuclear. Ello nos sugiere que hasta que el "tabú nuclear" no se haya evaporado, la opción nuclear no será desarrollada por ningún gabinete.

Pero además de una opinión pública mayoritariamente en contra, los costes de desarrollar un programa de armamento nuclear capaz de proteger el archipiélago son muy elevados en cuanto a tiempo y recursos. Además Japón, que firmó el Tratado de No Proliferación –TNP– (1995), no puede llevar a cabo su programa de forma clandestina, por lo que es de esperar que el desarrollo de armas nucleares produciría una fuerte movilización de los sectores antinucleares. Por el momento, Japón debe contentarse en ser, como afirman algunos expertos, una potencia "cuasi-nuclear", puesto que si bien es cierto que no posee armamento nuclear propio, sí está protegido por un paraguas militar norteamericano de aplicación automática si el territorio japonés es amenazado con armas nucleares. Por todo ello, de momento no podemos afirmar que Japón vaya a desarrollar un programa de armamento nuclear. No al menos en los próximos treinta años.

La musculación de sus Fuerzas de Autodefensa

Algunos políticos del PLD, entre ellos algunos primeros ministros, han afirmado en varias ocasiones que Japón debe construir unas Fuerzas de Defensa que estén acorde con el poder económico del país, y por ello desde las década de los ochenta el presupuesto y la fuerza de su ejército no han dejado de crecer. Según un viejo argumento realista, todo país que alcanza un determinado poder económico, inevitablemente termina por convertirse en una potencia militar. La nueva estrategia japonesa, además de insistir en la modernización de sus tropas, va acompañada de planes para una mayor interoperatividad con los Estados Unidos y en sus coaliciones multilaterales.

La adaptación de la estructura de defensa japonesa a las nuevas necesidades de la Posguerra Fría se plasmó en las diferentes revisiones del Documento de PND de 1976. En la revisión de 1995 se afirmaba que el entorno de seguridad de la década de los noventa ya no aducía a una lógica bipolar y que Japón debía hacer frente a diversos problemas co-

mo el de la Península Coreana, el desafío de China, conflictos interestatales como el de Camboya, la proliferación de armas de destrucción masiva o la inseguridad económica. En el documento se recomendaba que Japón estrechase su alianza con Estados Unidos y aumentase la actividad de sus tropas de autodefensa. En la última revisión, de 2004, se mantienen la mayor parte de las asunciones del documento anterior, pero además se anuncia la construcción de una fuerza de defensa "efectiva, flexible y multifuncional para responder a las nuevas amenazas y diversas situaciones" y procurar una mayor operabilidad con su aliado americano.

Entre la lista de nuevas amenazas, el documento de 2004 cita de forma muy clara la provocación que representa para el país el lanzamiento constante de misiles balísticos por

parte de Corea del Norte. Para combatirlo, Japón declaró ya en el 2003 que empezaría a desarrollar con la ayuda de Estados Unidos un Sistema de Defensa de Misiles Balísticos (DMB) cuyo coste aproximado asciende a 8,5 billones de dólares. Pero los dos últimos movimientos del Gobierno japonés indican que Japón quiere empezar a tener escudos defen-

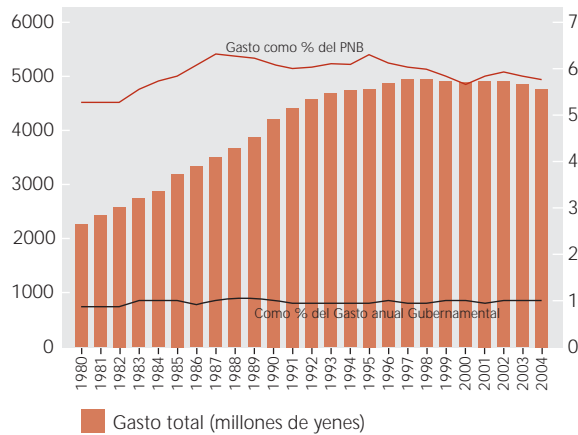
sivos que no dependan de la ayuda norteamericana. El primer paso se produjo en el 2005, cuando la Dieta Nacional realizó una revisión la Ley de las Fuerzas de Autodefensa para acelerar el procedimiento de toma de decisiones en caso de ser atacados por Corea de Norte. En el caso que un misil sea lanzado desde este territorio, en un promedio de 10 minutos llegaría ya a territorio japonés, por lo que la revisión de dicha ley permite al Jefe de la Agencia de Defensa –actual ministerio– decidir sin tener que convocar a todo el Gabinete. El segundo paso ha sido la creación de un sistema "Patriot Advanced Capability 3" (PAC3) desarrollado enteramente por el Gobierno japonés con la intención de desplegar misiles en 11 bases aéreas de las FAD para interceptar y derribar misiles balísticos enemigos a altitudes de entre 10 y 20 km. Abe incluso ha ido más lejos cuando recientemente afirmó que Japón podía eventualmente derribar misiles lanzados por Corea del Norte en dirección a Estados Unidos, aduciendo que la acción se ampara en el principio de defensa colectiva que une a ambos países.

Por lo que refiere a su presupuesto militar, la Gráfico 1 nos muestra como el porcentaje nominal de gasto de defensa en relación al PIB no ha parado de crecer, especialmente después de la Guerra Fría. Pero seguramente lo ha hecho a un ritmo menor al deseado por algunos burócratas en Tokyo. El primer ministro Takeo Miki estableció en 1976 el principio según el cual el gasto en defensa no debía supe-

" Aunque varios políticos han manifestado ya esta preferencia, por el momento tanto la opinión pública japonesa como la comunidad internacional no están preparadas para admitir esta posibilidad. Para la gran mayoría de los ciudadanos, los tres principios no nucleares de posguerra –no posesión, fabricación e introducción de materiales nucleares– continúan aún muy presentes."

rar el 1% del Producto Nacional Bruto. Desde entonces, la mayoría de gobiernos japoneses han tratado de no superar la barrera psicológica, y salvo en un par de años –1988 y 1989– nunca se ha superado el límite. Todo parece indicar que de momento no se romperá este principio.

GRÁFICO 1.
Gasto de defensa japonés



Fuente: Hughes, Christopher W. *Japan's Re-emergence as a 'Normal' Military Power*

A pesar de sus limitaciones, Japón cuenta con el cuarto presupuesto de Defensa más importante del planeta, por detrás sólo de Estados Unidos, Reino Unido y Francia. En el año 2006 las Fuerzas de Autodefensa japonesas mantienen un ejército de 240.000 hombres: 150.000 en la armada de tierra, 44.000 en la marina y 45.500 en las fuerzas aéreas, cifra equivalente a países como Gran Bretaña. En cambio, por lo que se refiere al número de reservistas, continúa aún siendo bajo –60.000– si se compara con otros países como China, que dispone de 800.000 reservistas, o Corea del Norte, con casi cinco millones. A ello debemos añadir el contingente de 50.000 soldados norteamericanos estacionados de forma permanente en Japón, especialmente en Okinawa, donde están situados el 75% del total de sus tropas desplegadas en el país.

En cuanto a su capacidad militar, Japón dispone de una gran variedad de armamento que es constantemente modernizado y actualizado; un submarino tiene una vida de 15 años, bastante corta si la comparamos con la de otros países. Entre sus contingentes posee 1.000 tanques, 54 barcos destructores, 16 submarinos, 200 aviones de combate F-15 y más de 400 helicópteros, 89 de ellos dotados con sistemas anti-tanque. Si bien es cierto que cuantitativamente su po-

tencial bélico es menor al de otros países, Japón ha apostado abiertamente por mantener el liderazgo regional en cuanto a calidad y nivel tecnológico de sus fuerzas.

Otro aspecto de interés es la intención de Japón de desarrollar su servicio de inteligencia. En 1997 la entonces Agencia de Defensa Japonesa estableció el Cuartel General de Defensa en Inteligencia de Japón para unificar así todos los departamentos que recogen información esencial para la defensa de Japón. Pero al esfuerzo de mejorar la capacidad de recolectar información, debemos sumarle la decisión del Gobierno japonés de lanzar en febrero de 2007 el último de los cuatro satélites del plan diseñado por Japón para desarrollar los suyos propios, sin necesidad de depender de la ayuda americana. El interés japonés de desarrollar este programa fue consecuencia de la crisis de los *Taepodong 1* de 1998, cuando Corea del Norte desafió a Japón con el lanzamiento de misiles de largo alcance, sin que las autoridades japonesas pudiesen detectar la trayectoria final de los proyectiles, pues para ello requerían de la información proporcionada por los satélites de Estados Unidos. A partir de esta crisis, el Gobierno japonés decidió lanzar sus propios satélites al espacio con fines un tanto confusos. A pesar de que estos satélites fueron clasificados como “satélites de recolección de información” sobre aspectos meteorológicos, desastres naturales o contrabando, lo cierto es que se trata en la práctica de auténticos satélites espías que rastrean todos los rincones de la Tierra una vez al día, en busca de información. Dos de estos satélites, además, disponen de un

sistema óptico que les posibilita captar imágenes de objetos de un metro de diámetro.

Pero Japón continúa insistiendo que los cuatro satélites, cuyo coste ronda los 1.660 millones de dólares, no persiguen propósitos militares, evitando así las críticas tanto externas como internas de estar encubriendo

un programa de satélites espías para controlar los movimientos de Corea del Norte y China. Además, según una resolución de la Dieta Nacional de 1969 el uso del espacio queda restringido a propositos pacíficos. Para evitarlo, Abe está tratando de aprobar a toda costa una Ley Básica del Espacio que permita el uso del mismo para propósitos de defensa nacional.

Por último, otro aspecto de suma importancia en la remilitarización de Japón es el futuro levantamiento de la prohibición de exportar armas. En 1967 el entonces primer ministro Eisaku Sato anunciaba en la Dieta la Doctrina de los Tres Principios de Exportación de armas, según la cual Japón no exportaría a países del bloque comunista, países cuya expor-

“A pesar de sus limitaciones, Japón cuenta con el cuarto presupuesto de Defensa más importante del planeta, por detrás sólo de Estados Unidos, Reino Unido y Francia. (...) Si bien es cierto que cuantitativamente su potencial bélico es menor al de otros países, Japón ha apostado abiertamente por mantener el liderazgo regional en cuanto a calidad y nivel tecnológico de sus fuerzas.”

tación esté prohibida según resolución de la ONU y países que son parte en un conflicto internacional. En 1976 el primer ministro Takeo Miki hacía un paso más y anunciaba que la prohibición de no exportar armas se hacía extensible a todos los demás países.

A pesar de todo, durante la década de los ochenta Japón permitió el aprovisionamiento de tecnología armamentística a Estados Unidos, y por ello rompió parcialmente el principio establecido por Takeo Miki. Pero ha sido en los últimos años cuando se han dejado oír más voces acerca del levantamiento de la prohibición de exportación de armas, especialmente en el interior del ahora Ministerio de Defensa, entre las FAD y segmentos del mundo empresarial. Debemos observar como Abe responde a las presiones de estos grupos.

El estrechamiento de la alianza militar con Estados Unidos

Afirmaba hacia la década de los setenta el siempre polémico primer ministro Nakasone, que las relaciones de seguridad entre Japón y Estados Unidos son como un "portaaviones que no se puede hundir". Lo cierto es que Estados Unidos continúa siendo el país más importante para Japón. Como se ha explicado, durante buena parte de la Guerra Fría la relación de seguridad entre Estados Unidos y Japón puede resumirse en la metáfora del guerrero que posee dos armas; el escudo defensivo –las Fuerzas de Autodefensa– y la lanza para atacar –el ejército y armamento nuclear norteamericanos–. Esta relación de seguridad ha sido calificada por muchos como una división del trabajo asimétrica que ha funcionado durante la Guerra Fría por la sobreposición de intereses entre ambos actores que, ante el asombro de muchos, no ha desaparecido en el orden de la Posguerra Fría. Es más, desde 1989 ambos países están convencidos que la alianza bilateral es absolutamente indispensable para sus intereses de seguridad. Para Japón, se trata de una oportunidad para lograr la *normalidad* que está buscando durante todo el período y conseguir así crear un auténtico ejército que juegue un papel primordial en el panorama internacional. Para Estados Unidos se trata de la pieza clave en Asia para combatir cualquier amenaza a su seguridad, y para ello desea que Japón se convierta en este poderoso portaaviones. Asistimos ante una nueva versión de la Doctrina Guam de Nixon, pero esta vez quien debe compartir responsabilidades en la defensa en Asia es precisamente Japón, que ha recibido el beneplácito americano para conseguir que esta cooperación militar sea cada vez menos asimétrica.

En este sentido, como hemos visto antes, uno de los primeros pasos para estrechar la alianza ha sido la revisión del PND de 1976. En la revisión de 2004 se explicita que las relaciones de seguridad entre Japón y Estados Unidos están

desempeñando un papel importante para la prevención y respuesta a nuevas amenazas como el terrorismo, los misiles balísticos y diversas situaciones y que para ello Japón tomará la iniciativa de cooperar con los Estados Unidos en el sistema DMB.

El primer acuerdo para participar en este tipo de iniciativas se consiguió bajo la administración Nakasone y su participación en la "Guerra de las Galaxias". Pero no será hasta la crisis por el lanzamiento de misiles *Taepodong 1* norcoreanos que el Gobierno decida acelerar la colaboración tecnológica con Estados Unidos y anunciar la creación de un sistema de DMB. Ciertamente la creación de este escudo de misiles apunta en primer lugar hacia Corea del Norte, pero como muchos afirman, en realidad se está mirando hacia China. Desde su anuncio, China ha manifestado su preocupación por lo que este DMB implica para su seguridad. Para muchos, especialmente después que Estados Unidos y Japón considerasen recientemente el tema de Taiwan como una preocupación "común", este sistema está pensado para ser usado en caso de conflicto abierto entre China y Estados Unidos. Japón posee ya el marco legal y la capacidad de proporcionar ayuda logística para impedir que las fuerzas aéreas y anfibas chinas invadan territorio japonés y por ello el sistema DMB daría además cobertura a las fuerzas norteamericanas desplegadas en Okinawa ante cualquier ataque de misiles chinos.

Pero lejos del miedo de las autoridades japonesas de verse *entraped*, es decir, obligadas a participar en una ofensiva norteamericana, Japón se ha convertido en un aliado perfecto para proporcionar ayuda logística y defensiva para los ataques norteamericanos en el "arco de inestabilidad", es decir, en el Océano Índico y en el Medio Oriente. Con la administración Koizumi, y recientemente con el primer ministro Abe, Japón no solamente es ese portaaviones ideal para los norteamericanos, sino que ha empezado a trabajar más estrechamente en el marco de las coaliciones multinacionales para combatir las amenazas contra los intereses de seguridad norteamericanos donde se requiera. Su intervención en Afganistán, en el Océano Índico, y recientemente en la reconstrucción de Irak, marca el punto de partida de un camino que lleva hacia la normalización de su poder militar.

El desafío de Corea del Norte: ¿Disuasión o compromiso?

Si Estados Unidos es el país más importante para Japón, oficialmente Corea del Norte representa su mayor pesadilla. La aceptación en octubre de 2006 por parte de Pyongyang que el país había realizado ensayos nucleares ha marcado el punto más álgido en unas relaciones que se han deteriorado desde la década de los noventa. Corea del Norte se ha

convertido, a ojos de la sociedad japonesa, en la más temible amenaza a su seguridad.

Desde el fin de la Guerra Fría Japón ha intentado seguir una estrategia tanto de compromiso como de contención en relación al problema norcoreano. Tras un período de normalización de las relaciones durante 1990-1992 que se tradujo en un incremento en la Ayuda Oficial al Desarrollo, estalló la primera crisis nuclear cuando Corea del Norte no cumplió con los requerimientos de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) y amenazó con retirarse del TNP. La crisis se enderezó con un Acuerdo Marco entre americanos y coreanos según el cual la Organización de Desarrollo de la Energía en la Península Coreana (formada por Estados Unidos, Corea del Sur, Japón y la UE) financiaría la construcción de dos reactores de agua ligera a cambio que Corea del Norte renunciase a sus propios programas nucleares. El papel de Japón en dicha organización se limitó así a ofrecer todos los incentivos económicos necesarios para disuadir a Corea del Norte ante sus ambiciones nucleares.

Pero la amenaza militar norcoreana volvió a ensombrecer los acuerdos cuando en 1998 Pyongyang realizó el lanzamiento de misiles *Taepodong 1* sobre espacio aéreo japonés, dejando al descubierto que Japón era vulnerable a ataques de misiles balísticos. Al año siguiente de los ensayos, algunos barcos sospechosos de Corea del Norte fueron detectados en aguas japonesas, a lo que las FAD respondieron con fuego. El incidente, aunque no llegó a más, fue retransmitido por las principales televisiones del país y la percepción que la amenaza norcoreana era creíble estuvo más presente que nunca en las retinas de los japoneses.

Los últimos capítulos desatados en esta crisis han sido, el problema de los secuestros de japoneses durante la década de los setenta, y la retirada de Corea del Norte del TNP. En la histórica visita de Koizumi a Kim Jong Il en septiembre de 2002, el mandatario norcoreano admitió lo que muchos en Tokyo ya sabían: el régimen de Pyongyang había llevado a cabo una serie de secuestros de ciudadanos japoneses para deportarlos a Corea del Norte y servir como instructores de japonés a sus agentes secretos. Precisamente el encargado de solventar el problema de los secuestros en el gabinete de Koizumi fue Shinzo Abe, quien mantuvo una firme postura al respecto que le valió la ovación de buena parte de la opinión pública japonesa. Para la derecha japonesa, atendiendo a las leyes internacionales, el problema de los raptos constituye un *casus belli* que podría desembocar en una guerra abierta entre ambos países. En situaciones de normalización diplomática, este tipo de fricciones bien pueden solventarse a través de mecanismos diplomáticos. Pero Japón y Corea del Norte aún no han normalizado sus dichas relaciones, por lo que establecer canales oficiales de comunicación entre ambas partes ha resultado más que arduo.

El último desplante norcoreano se produjo a finales del mismo año 2002, cuando Corea del Norte afirmó que pensaba continuar con el programa de enriquecimiento de uranio y se retiraría del TNP, afirmación que ha reiterado en octubre de 2006. Con un ojo en Irak y el otro en Irán, el régimen de Kim Jong Il ha jugado la carta de la amenaza nuclear para no correr la misma suerte que Saddam Hussein o los talibanes. A pesar de ello, China ha conseguido tirar hacia delante una iniciativa para llevar a cabo conversaciones a seis bandas con las dos Coreas, Rusia, Estados Unidos y Japón. Pero la postura de cada país varía considerablemente. Por una parte China, Corea del Sur y Rusia son partidarios de una aproximación de compromiso pacífico al problema coreano y no se muestran partidarios de imponer sanciones económicas a Corea del Norte, aun después del ensayo nuclear de octubre del año pasado. Los tres países, que comparten frontera con Corea del Norte, temen que las sanciones económicas produzcan un masivo éxodo de refugiados que podrían llegar hasta estos países. Japón y Estados Unidos, por su parte, son partidarios de aplicar medidas de contención que van desde el uso de la fuerza hasta las sanciones económicas. Ya en el 2005 Estados Unidos impuso sanciones de tipo financiero a un banco situado en Macao acusado de lavar dinero de los dirigentes norcoreanos, gesto que ha sido aplaudido por las autoridades japonesas, quienes mantienen que la sociedad internacional debería establecer todas las sanciones económicas necesarias para obligar a Corea del Norte a desistir de su chantaje nuclear. En una encuesta de opinión del periódico económico *Nikkei* la mayoría de ciudadanos japoneses se mostraba ampliamente a favor de las duras sanciones llevadas a cabo por el nuevo gabinete de Abe.

TABLA 3.
Opinión ciudadana sobre el endurecimiento de las sanciones a Corea del Norte*

Las sanciones son demasiado severas	5%
Las sanciones son apropiadas	50%
Las sanciones deberían ser más severas	36%
No sabe	9%

*Tras el lanzamiento de misiles norcoreanos

Fuente: *Nikkei*, octubre 2006

Lo cierto es que tanto Koizumi, como ahora Abe, quien ha nombrado un ministro encargado de solucionar los problemas con Corea del Norte, han mantenido una postura aún más dura que la de los norteamericanos. Washington, a quien la factura de la guerra en Irak le está costando la pérdida de apoyo de buena parte de la comunidad internacional, incluida la opinión pública americana, no desea por el momento utilizar la fuerza militar y aplicar su doctrina de ataques preventivos. Actualmente mantener una guerra encubierta en Irak y atacar a un país susceptible de mantener

armamento nuclear resulta prácticamente imposible, incluso en una administración dominada por los halcones. Para Estados Unidos, lo mejor que puede ocurrir por el momento es que las cosas continúen como están y se presione al máximo a Pyongyang para que abandone su programa de desarrollo de armas nucleares y cualquier tipo de armamento de destrucción masiva. Japón en cambio teme más que nunca la amenaza militar norcoreana, especialmente después de los últimos ensayos de misiles de largo alcance *Taepodong 2*, y los misiles de medio alcance llamados *Nodong*, capaces de albergar cabezas nucleares. Por ello, Japón es un claro defensor de imponer sanciones económicas a Corea del Norte y de no acceder a ofrecer ayuda energética como proponen los demás participantes en las conversaciones a seis bandas, incluido Estados Unidos.

Abe se encuentra ante un dilema importante. Por una parte, no puede llegar a las mesas de negociación sólo con un palo; necesita también una zanahoria con la que persuadir a Corea del Norte para que coopere. Pero hacerlo, según muchos electores, entraría en contradicción con la firme determinación mostrada en público por el primer ministro acerca del asunto de los secuestros de japoneses de no ceder ni un ápice. En una reciente encuesta de opinión realizada por otro importante rotativo, el *Mainichi Shinbun*, se revelaba como la sociedad japonesa a pesar de no aprobar la acción de su Gobierno –no llegando al 40% de apoyo– se mostraba abrumadoramente a favor de la estrategia de Abe de no ofrecer ningún tipo de ayuda económica o energética hasta que no se existan progresos en el tema de los secuestros. Ante el miedo de quedar aislado dentro del grupo y dadas las recientes diferencias entre norteamericanos y japoneses sobre el asunto, Tokyo ha conseguido que la administración Bush introduzca el tema de los secuestros en la lista de temas a tratar con Corea del Norte para sacarla del grupo de países del “eje del mal”.

Tanto los ensayos de misiles norcoreanos, como las frecuentes intrusiones en aguas territoriales japonesas por buques de Corea del Norte, como el atolladero en el tema de los secuestros han creado el clima favorable para que Japón vuelva a aplicar una estrategia de contención mucho más dura de lo que había sido hasta el momento. Pero ante el empecinamiento japonés en relación al tema norcoreano, son muchos los analistas que empiezan a creer que detrás de todo ello hay una amenaza mucho más grande: la República Popular de China.

Cómo tratar con China: una estrategia dual

Si bien es cierto que el programa nuclear norcoreano representa, a corto plazo, la amenaza más importante para la seguridad japonesa, la estrategia a seguir en relación a

China es, a largo plazo, el mayor reto de la diplomacia nipona durante los próximos años. El tema de cómo observar a China, si como un enemigo o un socio privilegiado ha despertado el interés no solamente de políticos, sino del público en general. Dándose un paseo por las principales librerías de Tokyo uno puede observar como abundan en las estanterías los libros sobre temas de 日中関係 *nicchuu kankei*, es decir, sobre las relaciones entre Japón y China. Títulos sugestivos como “北朝鮮・中国はどれだけ恐いか” (“Cómo de terribles son Corea del Norte y China”) también, 中国が世界をメチャクチャにする (“China desbarata el mundo”) o にも不思議な中国人 (“Los muy misteriosos chinos”), nos muestran el creciente interés y a la vez preocupación por la sorprendente emergencia económica pero también política de China en el panorama internacional. ¿Pero va a tratar Japón a China como una oportunidad o como una amenaza?

La creciente interdependencia económica

Para algunos resulta un trago amargo, pero muchos ya han empezado a aceptar que la actual recuperación económica japonesa, en un periodo de crecimiento interrumpido desde el año 2002, se debe en parte a la buena salud que goza el gigante asiático. China se ha convertido en el principal socio comercial de Japón, por lo que muchos han entendido que la interdependencia económica entre ambos países es ya un hecho consumado. Japón está sacando provecho de las ventajas derivadas de deslocalizar sus empresas en un país con una normativa laboral mucho más relajada que la japonesa y con un coste de producción barato, debido en parte a los bajos salarios. Además, una gran parte de los productos exportados hacia el exterior son absorbidos por el ingente mercado chino, cuya sed por productos japoneses –especialmente equipamiento industrial, maquinaria, y acero– aumenta año tras año.

Por su parte, China se ha aprovechado de la inversión derivada de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) que Japón ha mantenido hasta el momento, a pesar de que como instrumento de poder económico ha perdido fuelle. A diferencia del enorme apoyo que esta “ayuda” gozaba entre los japoneses, cada vez son más los que creen que Japón debería finalizar la entrada de tanto capital a China. En primer lugar, China ya no es un país en vías de desarrollo si consideramos su actual estatus de potencia económica de primer orden. Además, en los últimos años, tras su incursión en suelo latinoamericano y africano, China se ha convertido en un donante de asistencia a otros países en vías de desarrollo y por lo tanto ha dejado de tener sentido que Japón dedique tantas cantidades de yenes para financiar el crecimiento chino. Por otra parte, en Tokyo hay quien cree que la AOD está ayudando a financiar la modernización del sector militar chino y por lo tanto la AOD se ha convertido en instrumen-

to de doble filo. Por último Japón percibe como China no muestra ningún sentimiento de *giri* (義理), es decir sentido de la obligación por la gratitud a esta ayuda económica. China, quien nunca permitió aceptar reparaciones de guerra por parte del Gobierno japonés, hace años que accede a esta ayuda como "aportación económica" a los males inflingidos durante su pasado militarista. Japón, en cambio, cree que ya ha manifestado en numerosas ocasiones su *反省 hansei* (profundo remordimiento) y *お詫び owai* (disculpas sinceras) y que por lo tanto deberían las autoridades dejar de jugar a la "carta de la historia".

China como desafío

Con todo, a pesar de las excelentes relaciones económicas entre dos economías que cada vez son más complementarias, lo cierto es que sus relaciones políticas han pasado por su peor momento desde finales de la década de los setenta. Durante muchos años se consideró acertada la idea del primer ministro Yoshida, según la cual Japón debía llevar a cabo una política de compromiso con su vecino puesto que una China próspera se convertiría inevitablemente en un "amigo" aliado de Estados Unidos y Japón que terminaría por desafiar al poder soviético, como algo más tarde demostraría ser cierto con la puesta en marcha de la diplomacia triangular. Con todo, la política de compromiso constructivo a dejado de ser el motor impulsor de las relaciones sino-niponas y desde el fin de la etapa bipolar ha habido un empeoramiento generalizado que se explica por la confluencia de varios factores de distinta índole.

En primer lugar, una vez finalizada la etapa bipolar de confrontación ideológica entre la URSS y Estados Unidos, las viejas tensiones y la desconfianza histórica mutua han aflorado de nuevo y es que nunca en la era moderna Japón y China habían sido tan poderosos a la misma vez. Ello ha sido motivo del resurgimiento del "problema de la Historia" entre ambos países, especialmente por el maquillaje de algunos libros de texto sobre el pasado militarista de Japón, y por las frecuentes visitas de Koizumi al santuario sintoísta de Yasukuni, en donde se veneran, entre muchos otros millares de soldados, a 14 criminales de guerra de clase A. Mientras Japón admite haber llegado a un estado de "*apology fatigue*" y afirma que no debe pedir más excusas por algo sobre lo que ya ha pedido suficientes disculpas, las autoridades chinas creen que este revisionismo histórico es un síntoma más del ultranacionalismo de la nueva clase política japonesa. Sin lugar a duda, ambos países en algún momento han explotado la "carta de la historia" por motivos de política interna, es decir, para avivar los sentimientos nacionalistas de ambas orillas, lo que magnificado por los medios de comunicación ha llevado a un aumento de la desconfianza y las hostilidades entre ambas sociedades.

En segundo lugar, el imparable ascenso económico de China ha venido acompañado, por una parte, de una diplomacia más proactiva en la mayoría de foros internacionales en donde Japón había jugado hasta el momento un papel de liderazgo forjado tras años de éxito económico, y por la otra, de la modernización de las fuerzas militares chinas cuyo presupuesto, a veces maquilado a la baja, no deja de crecer año tras año. Todo ello está produciendo un cambio en el equilibrio de poder regional y global que ha tenido como consecuencia inmediata la creciente inseguridad de Japón, que se siente abrumado por el ascenso chino a potencia global, ello a pesar que las autoridades chinas reiteran una y otra vez que dicho ascenso es pacífico y que China se ha convertido en un *responsible stakeholder*, es decir un "socio responsable".

Seguramente el desencuentro más importante de los últimos años en cuestiones de seguridad ha sido la crisis de Taiwan de 1995. Ante las elecciones presidenciales de Taiwan y la amenaza que las fuerzas pro-independentistas de Lee Deng-hui llegasen al poder, se produjeron una serie de reacciones en Beijing que no tardaron en encender los ánimos a ambos lados del Estrecho. Entre agosto de 1995 y marzo de 1996 China estuvo llevando a cabo además de pruebas nucleares, una serie de ejercicios de lanzamiento de misiles sobre el estrecho de Taiwan que llegaron a sobrevolar 60 km de la Zona Económica Exclusiva alrededor de Okinawa, con la intención de reafirmar su poder ante el intento de secesión taiwanés. La intrusión de misiles chinos en aguas japonesas hizo sonar todas las luces de alarma en Tokyo y Washington. Ello indicaba que China se preparaba para una eventual invasión de Taiwan y por ello Japón debía estar preparado para combatir en la prefectura de Okinawa en el caso de conflicto. Para terminar de aderezarlo, en 1996 se desata la crisis de las Islas Senkaku (Daiyou para los chinos), un grupo de islotes rocosos con un gran interés geopolítico y económico, puesto que se demostró la existencia de reservas petrolíferas.

Por último, este deterioro en las relaciones entre China y Japón es en última instancia consecuencia de la incapacidad norteamericana de asegurar un equilibrio de poder en la región, especialmente a partir del 11 de septiembre. Los ataques en suelo norteamericano provocaron como reacción la materialización de la doctrina de ataques preventivos para luchar con la ayuda de los aliados de Estados Unidos "contra el terror". Japón reaccionó positivamente al envite de EEUU de estrechar aún más sus relaciones de seguridad, y respondió con la presencia de las FAD en Irak. Tanto la remilitarización japonesa como la consideración de Taiwan como un problema estratégico común, han desatado la inquietud y el miedo por parte de China. Por ello, hay quien entiende que Estados Unidos ha fallado a la hora de proporcionar un equilibrio de poder en el triángulo formado

por Estados Unidos, Japón y China, en donde China teme, cada vez más, sentirse aislada.

Como dos carpas en un diminuto estanque, China y Japón se encuentran encorsetadas en una región cuyo liderazgo están aún por decidir. Lo difícil para cada una de las partes es saber cuáles son las intenciones reales del otro, si hegemónicas o cooperativas. Mientras ello no esté claro, la enorme interdependencia de sus economías ha llevado a Japón a decidirse por una estrategia “*hedging*”. Se trata de aumentar su capacidad militar y estrechar su alianza con los Estados Unidos habida cuenta la emergencia imparable de China: pero a la vez prefiere no verse inmiscuida en un conflicto abierto al lado de Estados Unidos por asuntos como el de Taiwan. La consigna en Tokyo es armarse hasta los dientes para estar preparado por si el dragón despierta, pero hacer el menor ruido posible para no desvelarle. Aunque todos en Tokyo saben que China es la amenaza militar más grande a largo plazo, ningún documento oficial habla abiertamente de su vecino como una amenaza. Para justificar la musculación de su ejército prefieren seguir identificando a Corea del Norte como la principal fuente de inestabilidad en el noroeste asiático, antes que enojar a China.

Conclusiones

Durante todo el período de Guerra Fría la política exterior japonesa estuvo impregnada por el ideario pacifista, aunque ligeramente armado de la doctrina Yoshida. A pesar de las revisiones en su doctrina de seguridad producidas durante la década de los setenta, Japón continuó optando por un bajo perfil en lo político y destinó todas las energías en la reconstrucción de su económica, por lo que en pocos años se convirtió en la segunda potencia económica del bloque capitalista. Su doctrina de seguridad, relegada al paraguas de protección nuclear, tuvo que enfrentarse desde entonces al dilema del *abandonment* o *entrapment*, que superaría gracias en parte al establecimiento de bases norteamericanas en suelo japonés indispensable para la seguridad regional, y a la limitación de la participación japonesa en su entorno de seguridad.

Pero el fin de la Guerra Fría ha producido un cambio en la estrategia de seguridad japonesa que ha tratado de adaptarse a las necesidades geopolíticas del nuevo siglo. Los nuevos desafíos a los que se enfrenta Japón son harto variados y complejos. La redefinición de su alianza con Estados Unidos, el ascenso imparable de la potencia China, la crisis

en el Estrecho de Taiwan, la constante amenaza nuclear norcoreana o su nuevo encaje en las instituciones mundiales requieren de una nueva estrategia de defensa que las autoridades japonesas entienden que debe basarse en la musculación de sus FAD. La revisión del los PND en 1995 y en 2004 indica como la alianza bilateral con los Estados Unidos continúa siendo la piedra angular de la doctrina de seguridad japonesa, y por ello desde entonces los legisladores japoneses han aprobado una serie de leyes para facilitar la actuación de las FAD en el exterior y conseguir así la visibilidad y actuación que le corresponde a la segunda economía del planeta. Junto con este acervo legislativo, las distintas administraciones Koizumi y Abe han tratado de modernizar las FAD y posibilitar que éstas sean más flexibles y multioperacionales, ello a pesar de la autolimitación del 1% del

total del PIB destinado a Defensa. El Sistema DMB, el lanzamiento de cuatro satélites japoneses que muchos consideran espías, o el despliegue del Sistema PAC3 gracias al cual Japón se dota de un escudo antimisiles propio revelan que Japón está convirtiéndose de nuevo en una potencia mili-

tar no solamente a escala regional sino también global. Pero para aquellos que temen que esta remilitaración puede llevar a Japón a tomar andaduras en solitario, todo parece indicar que este mayor papel en el escenario internacional se realizará dentro de los confines de la alianza bilateral con Estados Unidos.

La adhesión japonesa a las “*coalitions of the willing*” o alianzas *ad hoc* podría sugerir que Japón está siguiendo la estrategia de *bandwagoning* o actuación de “subirse al caballo ganador” por parte de un estado más débil en relación a otro más poderoso. Pero ya nadie duda que, más allá de este aparente seguidismo de las autoridades japonesas, existe una relación que retroalimenta a ambas partes. Conscientes que el debate se define según los parámetros del 争論賛成、各論反対 (*sōron sansei, kakuron hantai*), en otras palabras, “el acuerdo en lo esencial y desacuerdo en los detalles”, Japón se sirve de la citada alianza para minimizar la amenaza norcoreana y china, a la vez que con ello legitima la modernización y musculación de sus fuerzas de defensa. Para los norteamericanos, un Japón fuerte y comprometido regionalmente con sus propia seguridad es crucial para sus intereses geoestratégicos en el este asiático; además de contrarrestar el imparable poder chino y la amenaza que ello supone, Washington puede contar con un Japón que es capaz de desplegar su ejército para servir a los intereses de los norteamericanos en una época de cruzada imparable contra el terrorismo internacional y sus “enemigos”. Pero para no desatar la ira de China, Japón ha adop-

tado una estrategia “*hedging*” según la cual a pesar de percibir a China como una de las mayores amenazas a la seguridad del archipiélago, en los documentos oficiales se sigue apuntando directamente a Corea del Norte como la amenaza más temible para la isla, y ello legitima doblemente el *necesario* rearmamento de Japón.

¿Se está convirtiendo Japón en la nueva Gran Bretaña de Asia? Como afirmaba Shinzo Abe, el país ya ha conseguido la “mayoría de edad” y por ello ya no debe dar explicaciones a su hermano mayor americano. Pero para conseguir ser un país respetado y amado por la comunidad internacional deberá demostrar que ha alcanzado la madurez política y la responsabilidad necesarias para convertirse en una gran potencia. Por eso hay quien se pregunta, ¿debería Japón convertirse en la Alemania de Asia?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

HUGHES, Christopher W. *Japan's Re-emergence as a 'Normal' Military Power*, Londres: Oxford University Press para “The International Institute for Strategic Studies”, 2005.

TOGO, Kazuhiko. *Japan's Foreign Policy, 1945-2003. The Quest for a Proactive Policy*. Leiden: International Institute for Asian Studies, 2005.

KAWASHIMA, Yutaka, *Japanese Foreign Policy at the Crossroads. Challenges and Options for the Twenty-First Century*, Washington: The Brookings Institution, 2003.

GREEN, Michael J. *Japan's Reluctant Realism*, Nueva York: editorial Palgrave, 2003.

DRIFTE, Reinhard, *Japan's Foreign Policy for the 21st Century. From Economic Superpower to What Power?*, Londres: MacMillan Press Ltd, 1998.